



Movimiento Apostólico de Schoenstatt
Rama de familias
AÑO 3



Schoenstatt, hacer el camino en grupo

Tema 1

Estamos llamados a la santidad
matrimonial.

Objetivos:

Mostrar la “vida matrimonial” como un “nuevo camino” de santidad en la Iglesia.

Desarrollo de la reunión

Oración Inicial: (puede tomarse algo de la exhortación apostólica del Papa Francisco gaudete et exúltate. A lo mejor los párrafos sugeridos a continuación para la reunión, de manera que vayan penetrando más en cada uno...)

Motivación:

¿Qué entendemos por Santidad?

Dinámica:

a) Repartir tarjetas en blanco para que cada uno escriba lo que se le viene a la mente con el concepto: SANTIDAD. En el reverso poner al santo que más admiran y el porqué.

Para el intercambio: Compartir lo escrito y las siguientes preguntas: ¿Lo sentimos muy inalcanzable? ¿Creemos que eso de la santidad es para nosotros?

b) Repartamos estas frases de la exhortación apostólica del Papa Francisco sobre la alegría de la santidad. Cada uno escoge lo que más le llega de ese párrafo sobre la santidad que le ha tocado y lo comparte.

«Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnarla en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4).

«Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre».

«Cada uno por su camino», dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio». De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su Cántico Espiritual, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo». Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra».

Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irreplicable que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5).

Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común.

Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy pobre, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is61,10).

Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y cariño. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, y recuerda el amor de la Virgen María “he aquí a tu Madre”, y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él. Ese es otro paso.”

Papa Francisco

Contenido:

VOCACIÓN A LA SANTIDAD

Todo hijo de la Iglesia debe comprender que está llamado a ser santo.

Es precisamente el Señor Jesús quien invita a seguir su camino hacia la plenitud.

El Concilio Vaticano II ha sido muy claro al respecto dedicándole todo un capítulo de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*. En él leemos un pasaje fundamental en el que conviene reflexionar: «Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esa perfección, empeñan los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo».

La vocación a la vida cristiana y el llamado a la santidad son, pues, equivalentes, ya que todo el que está llamado a la santidad. La santidad está en la misma línea que la conformación con Aquel que precisamente es Maestro y Modelo de santidad.

Nadie pues, que realmente quiera ser cristiano puede considerarse exento del imperativo de aspirar a la santidad. Ninguna excusa, como la dificultad de ese camino o las atracciones del mundo o lo complejo de la vida moderna, puede argumentarse para evitar el destino de felicidad al que Dios llama al hombre.

No hay, pues, excusas válidas para desoír el llamado a caminar hacia la plenitud, hacia la felicidad plena. Existe sí la libertad de decir «no». Siempre existe esa posibilidad, pero al decir «no» la persona se está cerrando al designio que Dios le tiene preparado, es decir, está renunciando a su felicidad.

Si bien la santidad en la Iglesia es la misma para todos, ella no se manifiesta de una única forma. Por ello la insistencia en que cada uno ha de santificarse en el camino de vida al cual ha sido llamado, siguiendo en él al Señor Jesús, modelo de toda santidad.

Cada uno, en su estado de vida y en su ocupación, desde sus circunstancias concretas, «debe avanzar por el camino de fe viva, que suscita esperanza y se traduce en obra de amor». Así, el obispo se ha de santificar como obispo concreto, el sacerdote como sacerdote concreto, el diácono como tal, las personas que han sido llamadas a la vida consagrada a Dios, de plena disponibilidad han de santificarse en su misión y circunstancias concretas, los laicos casados como casados, y los laicos no casados aspirando a la perfección de la caridad como laicos. Así pues, cada uno ha de buscar santificarse en su propio estado, condición de vida y en sus circunstancias concretas.

La santidad es el gran regalo para el ser humano. Esta santidad es pues decisiva para la felicidad del ser humano. Es meta fundamental a la que se debe tender para alcanzar la plenitud. No es superflua, en lo más mínimo, aunque es gratuita. Se debe siempre a la iniciativa y al don de Dios, pero requiere de una colaboración entusiasta y eficaz. El deber querer ser santo es algo que debe ir con naturalidad con la vida cristiana. Todo creyente debe dejarse invadir por un intenso ardor por aspirar a la propia santidad. Todo bautizado debe

tomar conciencia de qué significa realmente ser bautizado y valorar tan magno tesoro pensando, sintiendo y actuando como cristiano. Es, pues, necesario que cada uno ponga el mayor interés y dedique lo mejor de sí a responder a la gracia, cooperando con ella desde su libertad para vivir cristianamente y así acoger el designio divino y llegar a ser santo, para llegar a ser feliz.

b) Santidad matrimonial, llamados al Sacramento del Matrimonio

Dios ha regalado al hombre en el matrimonio el camino y la vivencia de su vocación al amor. Y, por lo tanto, el casado tiene la seguridad de haber recibido de Dios todo lo que necesita para vivir esta misión en su matrimonio.

«Como Dios ha equipado a todos los hombres con la vocación al amor y les ha regalado de forma gratuita el fin y las fuerzas, así ha colocado a cada individuo en su estado, que es el lugar y la forma en los que tiene que tender a su destino» (Hans Urs Von Balthasar).

Como esposos no hacemos otra cosa sino consagrar juntos cada día en Alianza de Amor, alma y cuerpo a Dios. También sentimos diariamente *'el aguijón del pecado y sus consecuencias'*. Por ello, es que podemos acudir a **la fuerza renovadora de la gracia de Cristo**, que se nos da a manantiales llenos **en cada sacramento, (especialmente eucaristía y confesión)** «y en la oración cotidiana, auténtica escuela de amor».

Por nuestra realidad de bautizados, y por lo mismo redimidos por Cristo, estamos llamados a ser santos, como Él es Santo. Todo bautizado lleva implícito en su naturaleza “el llamado a la santidad de vida”; ese es el sentido de la muerte y resurrección de Cristo que ha hecho posible en nosotros esta realidad. Este llamado de Cristo ha sido acogido y desarrollado en la vida de la Iglesia, a lo largo de su historia, destacándose acentos en determinados períodos.

Al comienzo se acentuó con mucha fuerza el martirio “como expresión de santidad y seguimiento de Cristo”. Luego vino una valoración fuerte de la vida virginal, considerándose que el que quiere ser santo, necesariamente tiene que decidirse por la virginidad y consagrarse a Dios en esta forma de vida renunciando al matrimonio.

A partir del Concilio Vaticano II hay un fuerte acento en la Iglesia de la vocación a la santidad a la que están llamados los laicos en medio del mundo.

En el contexto de esta llamada a la santidad nos invita nuestro Padre y Fundador con mucha claridad y urgencia, y como un camino nuevo y muy original, a la santidad matrimonial o conyugal.

EXPLICACIÓN DE SANTIDAD MATRIMONIAL

La Iglesia ha definido el matrimonio como una “Alianza para toda la vida”. Esta categoría bíblica tan usada en el Antiguo Testamento para describir la relación de amor de Dios con su pueblo, la rescató el P. Kentenich haciéndola pilar esencial de nuestra espiritualidad. Aplicada a la vida matrimonial, nos habla de una Alianza de Amor santa. El P. Kentenich entiende esta Alianza de Amor de los esposos como un triple vínculo:

El primer vínculo lo constituye la **unidad indisoluble entre el hombre y la mujer**: quienes dejan su hogar para ser una sola carne. Dios ha querido que los esposos vivan intensamente esta unidad de cuerpo y alma para formar una verdadera familia.

El segundo vínculo es la **polaridad y complementación entre el hombre y la mujer**, quienes están llamados a través de ello a atraerse y complementarse. Sus diferencias corporales y psíquicas no son productos culturales o educacionales, son diferencias de orden natural, queridas por Dios. Ambos deben conocerse, respetarse, ayudarse, educarse en estas diferencias, para llegar a una feliz complementación.

El tercer vínculo se refiere al **sacramento del matrimonio**, vale decir, el vínculo sacramental del amor. Así como la Iglesia se encuentra íntimamente unida a Jesús, el matrimonio cristiano debe reeditar esta comunión de vida.

Este triple vínculo de amor es la fuente de la cual se alimenta la familia.

El núcleo más profundo de la santidad es llegar a la plenitud de vida, a la plenitud de amor, según el querer de Dios y de acuerdo al propio estado de vida. Por lo mismo, el núcleo de la santidad es el amor y el desarrollo del mismo, con todo lo que esto conlleva. En este contexto, no podemos olvidar que a todo amor humano pertenece necesariamente la cruz, que en la vida matrimonial se expresa muchas veces en renunciaciones, desilusiones, incomprensiones y situaciones dolorosas que Dios quiere o permite.

Esto es parte de la vida y del amor que los esposos debemos saber usar como camino de redención y como peldaños que nos conducen a la santidad, a la plenitud del amor y a la verdadera felicidad.

En el día a día, nuestro esfuerzo por la santidad como matrimonio, consistirá por lo tanto, en hacer crecer en nosotros el amor mutuo, desarrollarlo, perfeccionarlo.

Perfeccionar nuestro amor a Dios específicamente en y a través de la persona de nuestro cónyuge, ya que él es para nosotros en primer lugar, nuestro propio camino de santidad.

Al final de nuestra vida Dios no nos preguntará cuánto hemos rezado, sino si amamos con un amor heroico, servicial y el a nuestro cónyuge. «Una sola cosa tengo contra tí, que no has sido fiel a tu primer amor». (Apocalipsis 2,4)

Como personas casadas tenemos en ello un deber y una misión. Tenemos que mostrar a la Iglesia y al mundo que la santidad matrimonial es un camino válido, posible y urgente con el cual respondemos plenamente al llamado del Santo Padre a una nueva evangelización.

Hoy por hoy, a la luz del relativismo reinante, corrientes divorcistas, permisivismo, etc., es más que nunca una respuesta a la problemática del matrimonio y de la familia y por lo mismo, nuestro deber es lograr que al interior de la Iglesia se promueva esta camino de santidad y para ello formarnos como matrimonios santos y dar testimonio de ello en nuestro ambiente.

REFLEXION: La aspiración a la santidad matrimonial exige de nosotros como esposos un nuevo modo de pensar, amar y actuar.

Dinámica:

Cada matrimonio conversa y escribe lo planteado en las siguientes preguntas:

¿De qué manera concreta en nuestro día a día, trataremos como matrimonio de alcanzar la santidad matrimonial?

¿Dónde podemos identificar, que se ven reflejados los vínculos descritos, al interior de nuestro matrimonio?

Intercambiar lo trabajado.

Contribuciones al Capital de Gracias:

Cada matrimonio hace una lista de elementos del diario vivir que dificultan o ayudan a vivir el amor matrimonial que es nuestra santidad.

Traer este trabajo para la próxima reunión. El propósito es hacerlo. En la siguiente reunión al revisar el propósito si alguien quiere compartir alguna conclusión, puede hacerlo. Pero el sentido del capital de gracias es trabajarlo, no compartirlo.



Bibliografía:

«Lunes por la tarde. Nr. 20». P. José Kentenich. Pág. 125 ss.

«Santidad Matrimonial» P. Rafael Fernández.

“¡Viva la diferencia!” Pilar Sordo

Material Complementario

PRIMERA UNIDAD: EL MATRIMONIO COMO VOCACIÓN A LA SANTIDAD

Tema 1: Estamos llamados a vivir una Santidad Matrimonial

LA VIDA CONYUGAL UN CAMINO HACIA DIOS

Libro LUNES POR LA TARDE P. José Kentenich

Párrafos de la conferencia del 16 de Enero de 1961

Las bodas de Caná: Santificación del matrimonio y la familia

A menudo se suele preguntar qué hacían Jesús y la Santísima Virgen en una fiesta de boda. Nos llamaría menos la atención quizás que hubiesen ido juntos a la sinagoga o fijado un tiempo de ayuno. Se añade que el Señor obra en esa oportunidad el primer milagro, marcando así el inicio de su vida pública.

Quizás conozcamos ya la respuesta corriente que se suele dar a estas preguntas: Jesús quería santificar la vida matrimonial y expresar su respeto por el estado matrimonial. Evidentemente la respuesta es correcta. Consideremos además que hasta ese momento el Señor había pasado treinta años de vida en el seno de la Sagrada Familia. Teniendo en cuenta todas estas cosas se demuestra entonces que Jesús santifica en aquella hora el matrimonio o al menos da testimonio de su respeto por el matrimonio si, no solamente por el matrimonio sino también por la persona casada.

He aquí los elementos fundamentales de la familia: por un lado los esposos, que constituyen una familia. Jesús no se casó, su Madre vivió virginalmente su compromiso conyugal con José. Pero el Señor en cambio pone de manifiesto su valoración del matrimonio, de los esposos, y de lo que es consecuencia del matrimonio: la familia.

La mirada del Señor se dirige plenamente hacia la célula primordial de la sociedad humana, el matrimonio y la familia. Y nosotros somos casados. Por lo tanto, desde el punto de vista del orden de ser objetivo, el tema toca el nervio más íntimo de nuestra vida. Si se informan un poco sobre las corrientes de pensamiento presentes hoy en todo el mundo católico percibirán en todas partes el mismo clamor: ¡Hay que salvar a la familia! ¡Concentrémonos en la familia! Es cierto, tenemos que hacer apostolado en todas las áreas, pero el apostolado más grande es el apostolado de la familia, vale decir, salvar a la propia familia.

Nuestro tema: la vida específicamente matrimonial

Creo que esta tarde debería detenerme en algunas dificultades que ustedes enfrentan en su propia vida. Dejo por eso de lado formalmente el tema de la vida familiar y paso a enfocar el de la vida conyugal.

En nuestra calidad de padres de familia podemos considerarnos desde dos ángulos: primero como esposos y esposas y luego como padres y madres. Como padres y madres estamos relacionados con nuestros hijos, y como esposos y esposas estamos el uno frente al otro, especialmente desde la perspectiva de la vida específicamente matrimonial, y dicho más exactamente, desde la perspectiva del acto conyugal.

Opiniones predominantes hasta hoy en el catolicismo: sobrevaloración de la vida virginal

Les quiero recordar una frase célebre. Hace alrededor de cien años fallecía Federico Ozanam, fundador de las Conferencias Vicentinas. Asociamos su nombre a las obras de beneficencia, por las cuales hizo tanto. Murió en 1853, la noticia corrió por toda la Alemania católica, por todo el mundo católico, y naturalmente por Italia. Había en este último país un joven obispo de apellido Pecci. Más tarde sería elevado a la dignidad de Papa con el nombre de León XIII. Pues bien, la noticia llegó hasta él. Y un día se hallaba en una reunión donde se vertían opiniones sobre Ozanam. Todos los asistentes estaban de acuerdo en que se trataba de un gran hombre, de un santo. Pero uno de los presentes añadió: «¡Lástima que no pudiera librarse de la trampa del casamiento!» ¿Qué quería decir con estas palabras? Que si Ozanam no se hubiera casado, entonces sí hubiese sido un hombre perfecto. Un comentario que habla a las claras de una determinada visión de las cosas. El obispo Pecci -en aquel momento era obispo y luego sería Papa le contestó de la siguiente manera: «¿Sabe Ud. lo que está diciendo con esto? ¿Ud. opina entonces que Jesús instituyó seis sacramentos y aparte una trampa?» La respuesta suena bastante jocosa, pero es muy certera.

Quiero avanzar un poco más. Estoy cargando un poco las tintas, pero esta visión de las cosas es real dentro del catolicismo. La idea que le da sustento es la siguiente: Si nosotros, los casados -no como laicos sino formalmente como casados- queremos ser santos. ¿Qué debemos hacer? Tenemos que imitar a los religiosos, y no hay otra alternativa válida. Se nos propone así una espiritualidad conventual. Y cuanto más imitemos la espiritualidad conventual, tanto más seguro será que vayamos al cielo.

Replanteamiento del valor de las cosas temporales

Entre los católicos de todo el mundo está despuntando un nuevo sentimiento ante la vida. Es el sentimiento vital de la humanidad actual que ha comenzado a cundir también por las las católicas. La conclusión es que debemos colocar más en primer plano las cosas terrenales. E indicarle al laico caminos para asumir, utilizar y valorar las cosas terrenales y cómo llegar a la santidad a través de ellas. Comprueben un poco si nuestra espiritualidad laical no es en líneas generales copia de la espiritualidad de los religiosos, lo que constituye un contrasentido. La vocación de los religiosos conventuales es apartarse lo más posible de las cosas temporales. Pero nosotros, los laicos, estamos llamados a ir hacia el mundo, a meternos en él. Necesariamente tenemos que ver con las cosas terrenales. En nuestra calidad de laicos no hemos sido creados para rehuirlos. Más aún, hay que volver a aprender a amarlas. Sí, amarlas. Incluso al dinero, los bienes materiales, la belleza de la naturaleza humana, el arte y la ciencia. Precisamente porque tenemos que tratar con ellos.

En este sentido existe hoy en la Iglesia un peculiar y fuerte movimiento de revalorización como nunca antes se había registrado en su historia.

El matrimonio es un Sacramento

Lo que me interesa destacar más en esta tarde ya que comenzamos tocando ese tema es estudiar la espiritualidad específicamente laical en relación con la vida específicamente conyugal. La vida conyugal no debe ser una trampa para mí. La familia no es un sacramento, pero el matrimonio sí. Por lo tanto tengo que aprender a aprovechar mi vida específicamente conyugal para sumergirme más hondamente en Dios. Permítanme preguntarles ¿qué entienden ustedes por sentido y finalidad del matrimonio?

¿Cuál es el sentido y el fin no de la familia sino del matrimonio? Dejemos por ahora a la familia de lado. Recordemos lo que sabemos al respecto. ¿Qué hemos aprendido ya sobre este tema? ¿Logramos integrar ese saber en el contexto de la problemática actual en torno del matrimonio?

Siempre se nos dijo que el matrimonio, la vida conyugal, tenía tres fines. Los citaré primeramente en su versión latina y añadiré la interpretación pertinente:

Fines del matrimonio

Los fines del matrimonio son: procreatio prolis, la generación y educación de los hijos; mutuum adiutorium, el apoyo mutuo de los cónyuges; y el apaciguamiento del instinto.

Contemplan el panorama actual que ofrece el tema matrimonial. ¡Cuántas corrientes distintas giran en torno de lo que es el matrimonio! Existe en primer lugar «el matrimonio a prueba». ¿Somos compatibles o no? Si no lo somos, ¡adiós! ¡si te he visto no me acuerdo! O bien el divorcio...Ustedes saben mejor que yo cuántos divorcios hay hoy en día. Y luego el punto del control de la natalidad. ¿Qué significa todo esto? Son golpes que se le asestan al matrimonio.

Todas estas tendencias de la actualidad suscitan en cada católico y en el ámbito de los dirigentes de Iglesia, el siguiente interrogante: ¿Cómo es exactamente el perfil del matrimonio católico? ¿Cuál es su sentido? Para estar en sintonía con los planteamientos de hoy, creo que deberíamos poner en primer plano el segundo fin del matrimonio que hemos mencionado más arriba: mutuum adiutorium, vale decir, ayuda mutua. Pensamiento que me gusta volcar en la siguiente formulación: el matrimonio es una comunidad de amor y de vida lo más profunda y duradera posible.

Recalco que sobre todo es una comunidad de amor. Por ejemplo, supongamos que padecemos un problema de fertilidad y no podemos tener hijos. ¿Qué nos queda entonces?

La comunidad de amor del matrimonio. Más aún, una comunidad de amor permanente. Naturalmente mantiene su vigencia el otro fin, el de la satisfacción del instinto.

También aquí existe entre los católicos la sensación de que la satisfacción del instinto es una mera concesión a la debilidad humana. Observen que se trata nuevamente del desprecio de los valores de la naturaleza. En la satisfacción de la apetencia sexual subyace también un valor. Y en el matrimonio nos concedemos un derecho mutuo a ello. Desarrollemos una nueva visión de estas cosas.

Les he presentado así toda una serie de problemas de actualidad. ¿Cuál será nuestra respuesta?